también es más prudente: una intriga, sobre todo si es constante, tiene muchos riesgos; su coste quita el gusto que proporcionaría. Vedla, mezclándose en la política como un hombre, aficionada á hablar, mentor tolerante de las calaveradas de sus hijos; ha ascendido algunos grados; es un oficial viejo, indulgente, que conoce bien la táctica; ella soporta su compañía; vive íntimamente, y como igual, con su marido, en un divorcio decoroso, en una alianza de negocios, en un compañerismo de costumbres. Ved á M. y Mme. Leverdet (1).

Muy buena salida es la que lleva á la emancipación de la mujer. He visto los comienzos de costumbres como esas en América y en Inglaterra. En América tenemos el *flirtage*, las mujeres con diplomas, miembros de sociedades filantrópicas. En Inglaterra hay las *fast girls, ecuyeres* intrépidas y razonadoras precoces; Mr. Stuart Mill, un talento privilegiado, casi propone que se conceda allí el sufragio político á las mujeres. Es lástima que yo no viva treinta años más; si esto continúa, en 1900 el espectáculo será divertido.

(1) *El Amigo de las mujeres.*

CAPITULO XVIII

EL PRIMER GALÁN

Creo que el cambio es mucho más grande para el joven que para la joven.

Otras veces su deber era sencillo; junto á una mujer, cualquiera que fuese, debía tener el corazón en la boca, estar pronto para arrodillarse. Tengo á la vista *La Nueva Heloisa,* con grabados (que no leería quien está enfermo del hígado). Ese salvaje de Rousseau fué el primero en atreverse á decir que la galantería era ridícula, y á hacer de su enamorado un plebeyo violento, un declamador mal educado, un precursor de Didier, del obrero Gilbert y de otros galanes de Victor Hugo. ¡Pero de qué diferente manera ha entendido el asunto su grabador! ¡Qué joven tan lindo el Saint-Preux de las láminas! ¡Qué buena pierna la suya! ¡Su fisonomía, qué fina y risueña! ¡Qué bien peinado y qué bien vestido está! La media, cuidadosamente estirada, cubre una pantorrilla irreprochable; los colores más vivos resaltan en el calzón y la casaca; un encaje rizado se arrolla graciosamente en el extremo de las mangas de color de rosa; un chaleco atornasolado ahueca sus pliegos lustrosos alrededor de la chorrera preciosa. Es solícito y tierno; cuando pone una rodilla en tierra para besar la linda mano de Julia enferma, se nota al punto que ha recibido lecciones de los mejores maestros de baile. Cuando, en el bosquecillo de rosas, recibe «el primer beso del amor», no es rudo,

no delira, como quiere el libro; no arruga la falda, enarca esmeradamente los brazos, saborea con delicia y delicadeza la rica fruta que acaban de acercar á sus labios. En aquel tiempo era cuando se decía de un gran general esta palabra, que ya he citado: «Es amable.» En efecto, aunque él hubiera ganado cien batallas, nada le dispensaba de gustar á las damas, de saber ofrecer un ramillete, recitar algunos versos, deslizar una alabanza insulsa. Eran restos del tiempo antiguo: la señora, siempre castellana feudal; había obligación de servirla; aunque hubiera desaparecido el verdadero sentimiento, quedaban enteras las buenas formas; en lugar de pajes y caballeros, tenía hombres atentos y respetuosos. El único cuidado de un joven al entrar en la buena sociedad, era hallar dos manos bonitas dispuestas á guiarle; aquellas dos lindas manos le formaban, le movían, le empujaban, y en cambio, se dignaban aceptar todos los días ocho horas de lisonjas, de atenciones y de pequeños servicios. Hoy, un hombre de veinte años preferiría ser aserrador de madera; una mujer tomaría al galanteador por un badulaque de provincias; y encuentro, al abrir una comedia de Augier, que á estos cumplimientos anticuados se contesta con calma irónica: «Gracias, Lindoro.»

De esto ha resultado que el papel del galán ha bajado mucho. Por eso cuando á las once de la noche entráis en un salón, veis dos grupos separados: uno blanco, sonrosado, florido, inmóvil: son las mujeres, aprisionadas en el vuelo enorme de sus faldas y en el terciopelo de sus sillones; el otro, negro, escueto, terminado en cráneos calvos ó medio calvos, pero en movimiento: son los hombres, que circulan enderredor y miran, con los lentes puestos, apoyados en los largueros de las puertas. Cada uno de los que llegan

saluda á la dueña de la casa, cambia con ella tres frases de veinte palabras, da una media vuelta prudente y desfila fuera del recinto femenino; todo lo más, acá y allá, en la frontera, un frac negro habla durante diez minutos con una falda. De cuatro veces, tres él no se divierte y ella se aburre; los dos sexos son extraños uno para otro. A media noche, es un desierto; sólo quedan cinco ó seis hombres y mujeres que se conocen bien. Ellas se quejan entonces de la negligencia de los hombres; ellos se disculpan como pueden. Esto establece un cambio de hermosas hipocresías, de lisonjas disfrazadas, de provocaciones transparentes. Yo que, por mi edad y por mi estado, sé el valor de esa moneda, compendio de este modo el aspecto de la cuestión: cuatro hechos han ocasionado este descenso general de la galantería:

1.° Demasiado trabajo para el hombre. Va á la Bolsa; calcula y se agita por asuntos de gran importancia; está obligado á ganar mucho, porque el gasto de la casa y de la sociedad resulta enorme. Un médico, un abogado, un banquero, un artista, un político, está cansado por la noche y no puede ya hacer gasto alguno para divertir á las mujeres. Nosotros somos plebeyos; nuestro tiempo es del dinero; no tenemos ya el ocio y la indolencia del siglo pasado; se nos caen los brazos ante la esgrima obligada de la cortesía aduladora. Dejad que nos recostemos en una butaca y nos calentemos los pies á la inglesa, junto á una mujer que borda y hace el te; ó bien que, á la francesa, fumemos con un amigo que expone sus paradojas, ó hagamos el pilluelo con una manceba que dice desvergüenzas.

2.° La costumbre de reducir á número los valores. Jóvenes y viejos somos positivistas, y los jóvenes más

aún que los viejos. En esta operación pierden mucho las mujeres; ellas necesitan para espectadores no analizadores, sino poetas. El amor vive de ilusiones, de sueños vagos y encantadores extendidos como una bruma brillante sobre todas las cosas, de esperanzas desatinadas que corren sin cesar en persecución de una dicha desconocida y deliciosa; ¿en qué cabeza moderna subsiste aún este encanto matinal? Quien lo halla en sí, lo desgarra con cuidado para librarse de un lazo; quien conserva un jirón de él, sabe que la ilusión está en sí mismo, no en los objetos. El último y el más enamorado de los poetas decía ya: «Qué importa la botella, si contiene la embriaguez.» Ya no hay embriaguez, pero aún hay botellas. Hoy, en la señorita ó señora tal, se ve á la señorita ó señora tal, es decir, una falda y su contenido, el continente y el contenido más ó menos agradables y decentes, arrastrando en pos de sí un tren determinado de comodidades y de disgustos, de servidumbres y de utilidades. A ese precio, un galanteo algo prolongado parece una tontería; los beneficios no cubren los gastos. Además, cuando no se adora, repugna ponerse de rodillas; la actitud es demasiado molesta y hasta humillante; se la acepta por una hora, no se la toleraría una semana. Bien examinado todo, si hay necesidad de establecimiento, se prefiere francamente legítimo ó francamente ilegítimo; los dos se arreglan del mismo modo; con dinero efectivo, con notario ó sin notario; pero ambos sin vacilaciones ni entusiasmo. Matrimonios de conveniencia y visitas á las Magdalenas: el espíritu calculador aspira en todas partes á los plazos seguros, al placer garantido, á los contratos fáciles. Divirtámonos, pero no seamos necios. Mi amigo B..., la flor de los agentes de cambio, decía anteayer á su

hijo delante de mí: «Ya vas á concluir tus estudios de derecho; tendrás mil quinientos francos por trimestre; acuérdate de estas tres máximas: No lleves nunca tu manceba á tu casa. No tengas nunca la misma más de tres meses. Si conoces que te vas enamorando de ella, toma una segunda. Sobre todo, cuidado, no te dejes llevar de la costumbre; resérvate; cuando sientas que bullen en tu interior las frases comprometedoras, piensa, para cortar rápidamente las tonterías, que yo tengo de reserva, para tus treinta y cinco años, un lote de lindas jóvenes bien educadas, bien vestidas, mucho más agradables que tus queridas, y que te traerán dinero en lugar de pedírtelo.» Decidme, por favor, qué sitio queda para las pasiones con esta moral.

3.° Un nuevo fondo de honradez. Hay mujeres visiblemente buenas, sobre todo en la clase media, y se comprende que se las insultaría si se llegara á decirles que son bonitas. Además, las solteras son respetadas. Nada más raro que un seductor de la inocencia, como M. de Morteruer (1). Un hombre no más que medianamente delicado, no se dedica á ellas; espera á que estén casadas.

4.° Una desigualdad enorme entre la educación del hombre y la de la mujer. Por consecuencia, faltan motivos de conversación; la mujer no sabe ya hablar de religión como en el siglo XVII, ni de filosofía como en el XVIII. Se ha excluido de su educación el razonamiento serio; ha quedado reducida al piano, no sabe más que la rutina de la música, las habladurías de sociedad y las fórmulas del catecismo. Además de esto, como todo arte, ciencia ó profesión, se ha com-

(1) *Los Solterones.*

plicado prodigiosamente, el hombre, encerrado en su especialidad, llega á ser incapaz de hablar de ella, excepto á las personas de educación sólida. En los países germánicos las jóvenes saben cuatro idiomas, han practicado el razonamiento pesado, oído con inteligencia las discusiones políticas y teológicas de sus padres y de sus huéspedes. Entre nosotros no hay punto alguno común; después de esfuerzos sobrehumanos, los dos interlocutores quedan distanciados, enredados en frases oficiales, con bostezos interiores y una satisfacción de encargo. El hombre, á quien se pone delante de una mujer, se dice: «Si yo aventuro cosas verdaderas, me va á encontrar ridículo ó pedante; si repito cosas convenidas, me creerá vulgar y tonto. ¡Querida señora, el diablo nos lleve á los dos; pero yo tendría mucho placer al hablar con usted, si tuviera algo que decirle!»

¿Sabeis que con estas costumbres no es fácil inventar enamorados para el teatro? Veamos lo que ha podido hallarse, buscando por todas partes:

El antiguo galán Esteban, en *Gabriela;* Pablo, en *Diana de Lys;* M. de Montégre, en *El Amigo de las mujeres,* todos sucesores de Antony, primos de los enamorados furiosos y sombríos de Víctor Hugo. En una de mis venidas á Francia, vi sus chalecos en 1830; aquellos chalecos eran muy poéticos, y el mechón de sus cabellos, colocado violentamente por encima de la frente, anunciaba las pasiones fuertes. «Los cabellos abundantes, la tez de ámbar; la voz sonora y metálica, grabando las palabras como medallas; los ojos muy hundidos debajo de las cejas y muy cercanos al cerebro; músculos de acero; un cuerpo de hierro, siempre al servicio del alma; entusiasmos rápidos; desalientos inmensos, calmados en un minuto, en el

que el alma se repone de repente... Pertenecen á aquella raza de hombres que tienen la facultad de andar por los caminos, de pasar las noches debajo de las ventanas, de vivir sin comer, de estar siempre dispuestos á morir y á matar á todo el mundo. Temperamentos biliosos, el hígado demasiado grueso; hay que enviarlos á Vich» (1). Ya veis de qué manera se los describe; son fenómenos. Por esto son raros, muchas veces cómicos, siempre anticuados. M. de Montégre viene del Jura, M. de Nanjac vuelve de Africa; ambos se han conservado en la vida de provincias ó en la militar, como un salmón en salmuera ó una espada en su vaina. En cuanto á Esteban y á Pablo, son, en Augier y Dumas, hijos de la juventud incubados debajo de un faldón de la levita del viejo Dumas ó del viejo Hugo. Y notad qué bonito papel se les da. De Naujac es un niño colérico y voluntarioso, que brama, grita, llora, quiere á todo trance degollar á las gentes y contraer un matrimonio indigno; si le salvan, no es culpa suya. A Esteban lo despide la mujer, porque después de hecha una comprobación, lo considera inferior á su marido, un procurador que dice chistes y ajusta la cuenta del presupuesto á su doméstico. Pablo es muerto por el marido, con aprobación general de los espectadores. De Montegre, un inocente que acepta el amor puro, tiene la bondad de servir de mofa y de restituir la mujer á su propietario. Burlado, muerto, despedido, salvado; estas son las cuatro salidas para el amante entusiasta. Vuélvase á las bibliotecas, y vaya á dormir al lado de Hernani, de Otelo y de otros. Hoy ha pasado de moda, lo mismo que un turbante y una gorguera; un hombre así es un

(1) *El Amigo de las mujeres.*

petardo; echadle muy pronto fuera, al fresco, á la cueva. Entre nuestras *crinolinas,* nuestros *poups* de color de rosa, nuestras comidas delicadas, nuestras charlas burlonas, sus explosiones son tan molestas como ridículas: no se está bien en su presencia.

Lleguemos á los personajes verdaderamente contemporáneos. La joven emancipada, escéptica y desconfiada, que está sentada en su dote como en un trono; se trata de llegar hasta ella: gran conflicto para el enamorado pobre. Qué medio hay de hacerse amable con una mujer que al oiros se hace por lo bajo las reflexiones siguientes: «Nosotras constituimos una verdadera tribu de jóvenes ricas; sabemos muy bien que si nos buscan, es por nuestro dinero, y que ni aun nos indignamos de eso. ¿Quién tiene la culpa, nosotras ó esos señores? Nosotras quisiéramos ser objeto de sus astucias; pero no se toman ni aun el trabajo de engañarnos. ¡Los mejores son los que sólo se informan de nuestra dote!... Hay uno que ha preguntado la edad de mi madre! (1)» Por su parte, para no ser vil, el enamorado replica: «¡Las jóvenes ricas... brr! El roce de su vestido parece un roce de billetes de Banco, y yo no leo más que una cosa en sus bellos ojos: La ley castiga al falsificador (2).» Esto cambia la manera de enamorar; ellos están en guerra. Ella le insulta; él la trata con rigor. Ella le envía á pasear, él se va. Vedla entonces correr detrás de él; le pide perdón, cae de rodillas á sus plantas, ó bien le abraza en público, pero solamente en el quinto acto. Explicaciones generales, enternecimientos, matrimonio. Pero no me negaréis que es una ocupación singular para un galán joven pasar el tiempo, excepto los

(1) *Un buen casamiento.*
(2) *El Hijo de Giboyer.*

diez minutos últimos, recibiendo y devolviendo desaires.

Este hermoso estado de hostilidad, manifiesta ó encubierta, es ahora la regla general entre los dos sexos. He notado veinte veces en los salones, que se dice á las mujeres insolencias y groserías sonriendo. Como ellas han formado maneras y osadías varoniles, se las trata como á hombres, es decir, como adversarios ó como compañeros. Se baten con ellas, y, á fe mía, como manejan bien su arma, no se sienten demasiados remordimientos, cuando se las araña levemente con la punta de la espada.

Todo es acostumbrarse; no hay otra actitud posible con las libres; de la sociedad mala ha pasado á la buena. Vamos á pasar revista á esos tipos militares. —Se encuentra en primer lugar el imbécil M. de Naton ó M. do Troëns (1) (mi sobrino Anatolio Durand ó d'Urand, pertenece á esta clase), joven burlón, tanto que bosteza al lado de su mujer y dice con su voz gruesa y desagradable: «En verdad que son descocadas las mujeres de buena sociedad.» Cuando las saluda y dice en voz alta que hace mal tiempo, ha agotado casi todo su repertorio; se marcharía con mucho gusto; busca en su bolsillo un cigarro, piensa en el gabinete de Titina, donde se fuma con los pies por alto, con toda comodidad; en las cenas de Lulú, que canta con donosura la canción del *Petit Ebèniste.*— Viene después el hombre experto y vividor, Frederico Bordognon (2) «hijo menor de un comerciante de acéite de la calle de la Verrière, la tienda llamada de «Los Tres Olivos», que ha tratado con rudeza á mu-

(1) *El Padre Pródigo, Los Solterones.*
(2) *Las Elegantes pobres.*

jeres cuyos lacayos no se hubieran dignado saludar á su padre.» Con sus cincuenta mil libras de renta, se ha endosado el frac del gentleman, pero conservando el escepticismo calculador del comerciante. «Voy á despedir á la propietaria de mi corazón, quiere subirme el alquiler y yo me resisto á eso...»

Su experiencia es completa; en todos sus chistes se halla la alusión á los números, como una nota metálica en una música picaresca. «En tanto que la elegante pobre es honrada; su marido paga á diez céntimos los panecillos de un sueldo; desde el día en que ya no lo es, paga á sueldo los panecillos de diez céntimos. Ella empezó robando á la comunidad y acaba enriqueciéndola.» Habiendo ganado diez mil francos en el juego, los lleva, con su primera declaración, á una mujer bonita. Lo restante de su conducta y de sus palabras es lo mismo: un epicureo positivista. Las mujeres tienen que portarse bien con esos tiranos. Los dejo ya y de muy buen grado. ¿Queréis ver un carácter más simpático, un verdadero francés, lindo, ligero, alegre, como los del siglo pasado, siempre inspirado, divertido, complaciente y hasta galante, y que no carece de probidad ni de delicadeza (1)? El también tiene la marca de su siglo, y sus galanterías no pasan de los labios. Es brillantemente aturdido, y locuaz con gracia, lo que no le impide ser prudente, redomado, prevenido, y estar en guardia contra la mujer adorada que quiere llevarse sus escudos. En efecto, sabe el precio del dinero, el valor de las cosas y de las personas, el suyo, el de su talento y de sus sentimientos. No hay nada de que él no se burle y lo pese. «¡Noble coronel! ¡La rectitud y la lealtad personificadas! Yo no le recibiré en mi casa... ¡Me encanta la idea de dar asiento en mi hogar á una bondadosa joven que sería el ángel de la guarda de mi casa!» Su espíritu es el agradable y chispeante espíritu francés, pero descompuesto por la experiencia, como un vino delicado por un sol demasiado ardiente: en la superficie, una ebullición espumosa de bufonadas; en el fondo, un chorrillo agrio de ironía; en el centro, una provisión de buen sentido comercial y llano. Ninguno de estos tres licores embriaga, y, cuando haga la corte á Mme. Lecoutellier, estóy muy seguro de que será con el Código en la mano.

(1) *Maître Guérin*, Arturo Lecoutellier.

Faltaba hacer salir del segundo término al calculador asendereado, y darle el primer papel, un papel simpático. Gran dificultad es conquistar simpatías para un hombre que maltrata ú hostiliza á las mujeres. A esto se ha llegado, y M. de Jalin, M. de Ryons, son los dos personajes que más éxito han tenido en el teatro moderno (1). Para hacerlos soportables, el autor colocó al primero en el *demi-monde*, entre las mujeres de mala nota, lo que le concede el derecho de mandarlas á su perrera; y al segundo en la buena sociedad, entre las virtudes sospechosas y las inocencias agresivas, lo que disculpa sus impertinencias; además, un día, al hallar una doncella en una mujer, se sintió de repente lleno de caballerosidad, y esto le coloca en el número de los salvadores.

¡Pero con cuánta frialdad y discreción manejan la mecánica femenina! ¡Cómo la experimentan para su placer ó para la instrucción de los demás! ¡De qué manera tocan precisamente, con seguras previsiones, el resorte que hará salir de improviso, de una joven

(1) *Demi-Monde, El Amigo de las mujeres.*

soltera, la cortesana precoz, y de una señora joven, la cortesana perita! «¿Mi declaración de antes? Era una cortesía; hay mujeres que buscan eso en la conversación.—¿Y ese procedimiento, le ha dado á usted resultado alguna vez?—Más de las que yo quería.» Son fisiólogos y cirujanos; tienen consultas gratuitas y hacen operaciones á domicilio, comúnmente por amor al arte, á veces por un resto de humanidad. «Su casa de usted es original, y siento mucho no haber venido antes á ella. ¡Hay aquí tarea para un coleccionista como yo, y creo que también un objeto que aún no he catalogado!» Entre tanto, conservan en su poder la teoría completa, y se les puede decir que no perdonan á nadie. «Usted no es simpático á las niñas.—Las mujeres no son niñas jamás.—Las niñas nos consuelan de todo. Excepto de tenerlas...—Calle usted, desgraciado; la mujer es quien inspira todas las cosas grandes.—Y quien inspira realizarlas... Yo me he propuesto no entregar nunca mi corazón, ni mi honor, ni mi vida á la voracidad de esos lindos seres, por los que vienen la ruina, la deshonra y la muerte, y cuya única preocupación, en medio de esa matanza universal, es vestirse unas veces como paraguas, y otras como campanillas.» Observad que este teórico no es «un borrego desinterado, sino un carnero que continúa pastando en el prado comunal (1)»; si su corazón tiene sesenta años, sus sentidos tienen treinta. Fijaos en que este epicúreo no es un Lovelace tirano y brutal como el otro, que se cree muy correcto «porque llevó luto ocho días por las amadas criaturas muertas en el parto por su causa»; éste es, por el contrario, bondadoso, y presta de buena voluntad algún servicio á las mujeres. Todo esto forma un carácter completo, perfectamente moderno, no digno de odio, y hasta agradable y superior.

(1) Frase de Edmundo About.

Supuesta la mujer, es decir, un ser «ilógico, subalterno, dañino», pero encantador como un perfume delicioso y perjudicial en un vaso de cristal frágil, se trata de respirarla con prudencia, delicadamente, algunas veces, no en su casa, sino en la ajena, sobre todo de no romper el cristal, y, en cuanto se pueda, detener las manos groseras ó torpes, que están preparadas para romper el vaso. Desde Antony al amante de la dama de las camelias, al pintor Pablo, á Olivier de Janin, á M. de Ryons, la transformación es visible. Entre el entusiasmo de 1820 y el positivismo de 1860, la experiencia ha colocado al hombre en la desconfianza y á la defensiva; de amante, ha llegado algunas veces á ser enemigo; muchas, adversario; frecuentemente espectador, y todo lo más, amigo.

Amigo después de una escaramuza, y con toda clase de reservas. Por esta causa, me gusta más mi papel, y me sirve mi educación. Mi pobre sobrino Anatalio Durand ó d'Urand me inspira algunas veces lástima; se encuentra cortado allí, donde yo estoy á mis anchas: esto consiste en que yo no tengo ya pretensiones y él sí. A los cincuenta y cinco años, cuando se ha perdido el cabello y se vuelve de América, no se puede ser peligroso; se tiene el derecho de ser cortés y algo más. Es un derecho de antaño, y yo lo resucito en provecho mío. La conversación deja entonces de ser un duelo, y qué ocupación un duelo constante, sobre todo con una mujer! ¡Es tan desagradable decirles cosas duras, aun cosas frías! ¡Es tan grato parecerles bien! Para esto no hay obligación de buscar en la memoria las frivolidades del siglo último; á pri-

mera vista, sin que se haya dicho una palabra, ellas saben si gustan, hasta qué punto, de qué manera; si han conmovido el corazón, la cabeza ó los sentidos; si es por su *toilette,* su talento ó su gracia. No hay necesidad de fingimientos, basta con sentir y dejarse ir. Al cuarto de hora se franquean; no temiendo ya la mofa, se presentan ante vuestro espíritu como delante de un espejo; se miran en él, y encontrándose amables, continuan mirándose por complacencia, sin reparos, sin cambiar de actitud ni forzar su sonrisa. Hallad, si podeis un papel más agradable que el de espejo; en cuanto á mí, á él me atengo. En verdad, á los seis meses, la ópera resulta ensordecedora; el teatro, con su mal aspecto y sus elegancias de pacotilla, desanima; ¿y qué es una cortesana importante, sino una actriz casera? El más encantador de todos los espectáculos de París, es una verdadera mujer de buena sociedad; es un espectáculo en un sillón: desde sus encajes hasta su talento, nada hay en ella que no sea una obra maestra de la cultura moderna; para hacerla tal como es, se han necesitado cuatro ó cinco generaciones de fortunas bien cimentadas, de costumbres elegantes, de educaciones refinadas; todo lo que el gusto inventó de más delicado se ha reunido en su *toilette* y en su persona. Vedla delante de vosotros, en su sillón de seda pálida, medio inclinada, con movimientos vivos de pájaro, negligente y risueña; los fulgores de su collar se fijan como ojos vivos encima de las curvas de sus hombros llenos de vida; su peineta de oro se clava entre grupos de flores más arriba de las ondas de su cabellera; su vestido, extendido, presenta por debajo del cuerpo finísimo, la belleza de sus pliegues lustrosos. Ella habla, está contenta, hace los honores de sí misma, y se considera pagada, si estáis satisfechos.

Palabra de honor, yo acabo por creer que los cuadros, los libros, la música, han sido inventados por algunos desgraciados, para los enfermos, y que toda esa gente, espectadores y autores, tenían los ojos tapados respecto á la naturaleza. En materia de obras de arte, los muertos que se guardan en las bibliotecas se cuelgan en las galerías; yo estoy por éstas, que no están encuadernadas en vitela ni encoladas en lienzos.